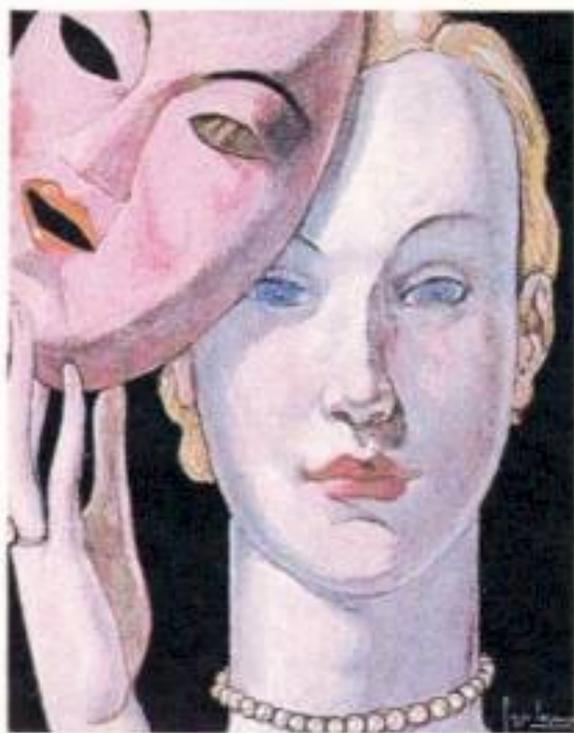


JEAN RHYS

Viaje
a la oscuridad

Traducción de Gracia Rodríguez



el espejo de tinta

A los dieciocho años, recién llegada a Londres desde el Caribe donde nació, sola y sin dinero, Anna va a tener que afrontar un mundo real muy distinto del de sus sueños. Una Inglaterra sórdida y mezquina, un grupo de coristas que sólo piensan en cazar a un hombre rico, y algunos hombres ricos aficionados a las coristas (a la vez que defensores de la moral y las buenas costumbres) delimitan un mundo que terminará por cerrarse sobre ella como un cepo.

Primera parte

1

Fue como si hubiera caído un telón sobre todo lo que yo había conocido desde siempre. Era casi como nacer de nuevo. Los colores eran diferentes, los olores, la sensación que las cosas te producían en lo más profundo de tu ser era diferente. No se trataba de una diferencia del tipo frío, calor; luz, oscuridad; púrpura, gris. La diferencia estaba en la forma que tenía de sentir miedo o de ser feliz. Inglaterra no me gustó al principio. No conseguía acostumbrarme al frío. En ocasiones cerraba los ojos e imaginaba que el calor de la chimenea, o de la ropa de cama que me envolvía, era el calor del sol; o imaginaba que estaba de pie delante de casa, en mi hogar, contemplando la bahía al fondo de Market Street. Cuando hacía brisa el mar era como millones de lentejuelas; y los días de calma estaba púrpura como Tiro y Sidón. Market Street olía a viento, pero la callejuela olía a negrazos y a humo de leña y buñuelos de bacalao salado y patata fritos con manteca. (Cuando las negras vendían los buñuelos de bacalao en la sabana, los llevaban en una bandeja sobre la cabeza. Voceaban: «Buñuelos de bacalao salados, muu dulces y ricos, muu dulces y ricos»). Era curioso pero pensaba en ello más que en ninguna otra cosa: en el olor de las calles y el olor a franchipán y jugo de lima, a canela y clavo, a caramelos de jengibre y jarabe, y a incienso, tras un funeral o las procesiones de Corpus Christi, en los pacientes que hacían cola en el ambulatorio de al lado, en el olor de la brisa del mar y en los diferentes olores de la brisa que venía de tierra adentro.

A veces era como si hubiera vuelto allí e Inglaterra fuera un sueño. En otros momentos Inglaterra era lo real y el sueño estaba allá, pero nunca pude reconciliar ambas cosas.

Pasado un cierto tiempo me acostumbré a Inglaterra y empezó a gustarme; me acostumbré a todo excepto al frío y a que las ciudades que visitábamos parecieran todas exactamente iguales. Uno se trasladaba perpetuamente a otro lugar que era perpetuamente el mismo. Había siempre una callejuela gris que conducía a la salida de artistas del teatro, y otra callejuela gris donde estaba tu alojamiento, e hileras de casitas con chimeneas que parecían pertenecer a barcos de vapor falsos y humo del mismo color que el cielo; y un paseo marítimo de piedra gris que discurría severo, desnudo y recto junto a un mar gris amarronado o gris verdoso; o una Corporation Street o Duke Street o Lord Street por donde uno paseaba y miraba los escaparates de las tiendas.

Este lugar se llamaba Southsea.

Teníamos buenas habitaciones. La patrona había dicho:

—No, no alquilo a profesionales.

Pero no nos cerró la puerta en las narices, y después de que Maudie le dirigiera unas palabras, imprimiendo a su voz un sonido lo más aristocrático posible, había dicho:

—Bueno, puede que esta vez haga una excepción.

Luego, al segundo día de estar allí armó un escándalo porque las dos nos levantamos tarde y Maudie bajó a la sala en camisón y con un quimono raído.

—Exhibiéndose junto a la ventana de mi sala de estar medio desnuda —dijo la patrona—. Y a las tres de la tarde, además. Manchando la reputación de mi casa.

—Está bien, señora —dijo Maudie—. Subo a vestirme en un minuto. Esta mañana tengo un dolor de cabeza impresionante.

—Pues por ahí no paso —dijo la patrona—. Cuando baje a cenar tiene que vestir decentemente. No con la ropa de dormir.

Cerró dando un portazo.

—Te lo juro —dijo Maudie—, te lo juro. Esa vieja bruja está empezando a crisparme los nervios. Me va a oír si vuelve a dirigirme la palabra.

—No le hagas caso —le dije.

Yo estaba echada en el sofá, leyendo *Nana*. El libro llevaba una sobrecubierta con el dibujo en color de una morena corpulenta que blandía un vaso de vino. Estaba sentada en traje de noche en las rodillas de un hombre calvo. Era un libro de letra muy menuda, y el interminable desfile de palabras me producía una curiosa sensación: tristeza, excitación y miedo. Y no era por lo que leía, era la visión de las palabras oscuras, borrosas, sucediéndose interminablemente lo que me producía tal sensación.

Detrás del sofá había una puerta de cristal. Daba a una pequeña habitación sin amueblar, y luego otra puerta de cristal conducía a un jardín interior. El árbol que había junto a la pared trasera estaba podado de forma que parecía un hombre con muñones en vez de brazos y piernas. La colada pendía inerte, sin moverse, en la luz de un gris amarillento.

—Voy a vestirme —dijo Maudie—, luego será mejor que salgamos a tomar un poco el aire. Podemos acercarnos al teatro a ver si han llegado algunas cartas. Ése es un libro guarro, ¿no?

—Algunos trozos están bien —dije yo.

—Lo conozco —añadió Maudie—; trata de una fulana. Lo encuentro repugnante. Te apuesto a que un hombre que escribe un libro sobre una fulana cuenta un montón de mentiras, se lo haga como se lo haga. Además, todos los libros vienen a ser lo mismo: alguien que te come el coco.

Maudie era alta y delgada, y su nariz formaba una línea recta con la frente. Tenía el cabello de un rubio pálido y una piel suave, muy blanca. Cuando sonreía le faltaba un diente en uno de los lados. Tenía veintiocho años y le habían ocurrido todo tipo de cosas. Solía contármelas cuando volvíamos del teatro por la noche.

—Lo único que tienes que aprender es a darte un poco de postín, entonces ya vas bien —solía decir. Acostada en la cama con ella, con su cabello anudado en dos largas trenzas rubias a ambos lados del rostro blanco y alargado —. Darse postín, ése es el busilis —decía.

No había ninguna carta para nosotras en el teatro.

Maudie me dijo que conocía una tienda donde podía conseguir el par de medias que quería.

—Esa calle que hay justo antes de seguir recto —dijo.

Alguien tocaba el piano en una de las casas por las que pasamos, un sonido cantarín, como de agua en movimiento. Aminoré el paso porque quería escucharlo. Pero se fue alejando cada vez más hasta que ya no pude oírlo. «Se ha ido para siempre», pensé. Sentí como un ahogo en la garganta, como si quisiera llorar.

—Lo bueno que tienes tú —dijo Maudie— es que siempre pareces una dama.

—¡Por Dios! —dije yo—, ¿quién quiere parecer una dama?

Seguimos paseando.

—No mires —dijo Maudie—. Nos siguen dos hombres. Creo que intentan ligar.

Los dos hombres pasaron por nuestro lado y siguieron caminando delante muy despacio. Uno de ellos llevaba las manos en los bolsillos; me gustaba su forma de caminar. Fue el otro, el más alto el que volvió la cabeza y sonrió.

Maudie soltó una risita.

—Buenas tardes —dijo él—. ¿Van a dar un paseo? Bonito día, ¿no? Muy cálido para octubre.

—Sí, estamos tomando el aire —dijo Maudie—. No todo el aire, desde luego.

Todos nos reímos. Formamos parejas, Maudie siguió delante con el alto. El otro me miró de reojo un par de veces (una rápida mirada de arriba abajo, como hacen ellos) y a continuación preguntó dónde íbamos.

—Yo iba a esa tienda a comprarme un par de medias — dije.

Entraron todos conmigo en la tienda. Dije que quería dos pares, de hilo de Escocia con adornos a los lados, y tardé un buen rato en escogerlas. El hombre con el que había estado paseando se ofreció a pagarlas y yo le dejé que lo hiciera.

Cuando salimos Maudie dijo:

—Parece que aprieta el frío, ¿no? ¿Por qué no se vienen los dos a casa y tomamos un té? No vivimos muy lejos.

El alto parecía deseoso de escapar, pero el otro dijo que era una excelente idea; compraron dos botellas de oporto y unos pasteles por el camino.

No teníamos llavín. Yo creía a ciencia cierta que la patrona diría alguna grosería en cuanto abriera la puerta. Cuando lo hizo, sin embargo, se limitó a fulminarnos con la mirada, pero no dijo nada.

El fuego estaba dispuesto en la sala de estar. Maudie le aplicó una cerilla y encendió la lámpara de gas. En la repisa de la chimenea dos caballos de bronce arañaban el aire con sus patas delanteras a sendos lados de un gran reloj oscuro. Platos azules pendían de las paredes a intervalos regulares.

—Pónganse cómodos, chicos —dijo Maudie—. Y permítanme que les presente a miss Anna Morgan y a miss Maudie Beardon, que actuarán próximamente en *El Danubio azul*. ¿Qué, abrimos el oporto? Le traeré un sacacorchos, señor Comosellame. A propósito, ¿cómo se llama?

El alto no respondió. Fijó la mirada por encima de los hombros de ella, con los ojos redondos y opacos. El otro tosió.

—Hablabas con usted, Horacio —dijo Maudie en su jerga cockney—... cúcheme. No s'haga el sordo. Le he preguntao cómo se llama.

—Jones —dijo el alto—. Me llamo Jones.

—¿Qué más? —dijo Maudie.

Pareció molesto.

—Esto resulta bastante divertido —dijo el otro, poniéndose a reír.

—¿Qué es divertido? —dije yo.

—Ya lo ve, se llama Jones.

—¿Ah sí? —dije.

Dejó de reír.

—Y yo me llamo Jeffries.

—¿De verdad? —dije—, Jeffries, ¿no es eso?

—Jones y Jeffries —dijo Maudie—. No es difícil de recordar.

Los odié a los dos. Aceptas a la gente y luego son groseros contigo. El cuento ese de conocer gente y luego siempre se piensan que pueden ser groseros contigo.

Pero una vez hube tomado un vaso de oporto yo también empecé a reír y luego ya no pude parar. Me veía a mí misma, riendo, en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea.

—¿Cuántos años tiene? —dijo Mr. Jeffries.

—Dieciocho. ¿Pensaba que era mayor?

—No —dijo—. Al contrario.

Mr. Jones dijo:

—Él sabía que tendría dieciocho o veintidós. Ustedes, chicas, sólo tienen dos edades. Usted tiene dieciocho y claro está su amiga tiene veintidós. Por supuesto.

—Usted es uno de esos listos, ¿no es eso? —dijo Maudie, sacando la mandíbula. Siempre lo hacía cuando estaba irritada—. Lo sabe todo.

—Bueno, yo tengo dieciocho años —dije—. Puedo mostrarle mi partida de nacimiento si lo desea.

—No, mi querida niña. Eso sería demasiado —dijo Mr. Jones.

Trajo la botella de oporto y me llenó el vaso de nuevo. Cuando me tocó la mano simuló un escalofrío. Dijo:

—¡Dios mío!, fría como el hielo. Fría y bastante húmeda.

—Siempre tiene frío —dijo Maudie—. No puede evitarlo. Nació en un país cálido. En las Indias Occidentales o algo así, ¿no es verdad, niña? Las chicas la llaman la hotentote. ¡Qué poca vergüenza!

—¿Por qué la hotentote? —dijo Mr. Jeffries—. Espero que usted las llame algo peor.

Habló muy deprisa, pero separando cada palabra de la siguiente. No me miró los pechos o las piernas, como suelen hacer. O al menos no me di cuenta. Me miró directamente y escuchó todo lo que yo decía con expresión atenta y educada, y luego desvió la mirada y sonrió como si ya me hubiera calado.

Me preguntó cuánto tiempo llevaba en Inglaterra, y yo le dije: «Dos años», y luego hablamos de la gira. La compañía continuaba hasta Brighton, después Eastbourne, y luego finalizábamos en Londres.

—¿Londres? —preguntó Mr. Jones.

—Bueno, Holloway. Holloway es Londres, ¿no?

—Claro que sí —dijo Mr. Jeffries.

—Basta ya de hablar del espectáculo —dijo Maudie. Todavía parecía enfadada—. Hablen un poco de ustedes para variar. Díganos su edad y cómo se ganan la vida. Sólo para variar.

—Trabajo en la City. Trabajo mucho —dijo Mr. Jeffries.

—Quiere decir que alguien trabaja mucho para usted —dijo Maudie—. ¿Y qué es lo que hace nuestro Daniel-en-la-guarida-del-león? Pero no sirve de nada preguntarle. No nos lo dirá. Anímese, Daniel, ¿conoce aquel del encantador de serpientes?

—No, me parece que ése no lo conozco —dijo Mr. Jones envaradamente.

Maudie contó el del encantador de serpientes. No se rieron mucho, y luego Mr. Jones tosió y dijo que tenían que marcharse.

—Me hubiera gustado mucho poder ver su actuación esta noche —dijo Mr. Jeffries—, pero me temo que no será

posible. Tenemos que volver a vernos cuando vaya a Londres; sí, de verdad, tenemos que volver a vernos... Tal vez quiera usted cenar conmigo alguna noche, miss Morgan. ¿Me dará usted una dirección donde encontrarle para que podamos organizarlo?

Yo dije:

—Estaré en Holloway dentro de quince días, pero ésta es mi dirección —y escribí:

Miss Ann Morgan
c/o Mrs. Hester Morgan
Fellside Road, 118
Ukley (Yorks).

—¿Es su madre?

—No, Hester es mi madrastra.

—Tenemos que organizarlo. Lo espero con impaciencia.

Les acompañamos hasta la calle para despedirles. Pensaba yo en lo curioso que era que pudiera reírme de esa forma porque en el fondo de mí siempre estaba triste, con la misma clase de dolor que el frío me producía en el pecho.

Volvimos a la sala de estar. Oímos a la patrona que se acercaba por el corredor.

—Va a armar otro escándalo —dijo Maudie.

Nos quedamos escuchando. Pero pasó por delante de la puerta sin entrar. Maudie comentó indignada:

—Lo que a mí me gustaría saber es una cosa: ¿de dónde sacan la idea de que tienen derecho a insultarte por nada? Eso quisiera saber yo.

Me situé muy cerca del fuego. Pensaba: «Estamos en octubre. Se acerca el invierno».

—El tuyo lo atrapaste bien —dijo Maudie—. El mío no valía gran cosa. ¿Oíste eso que dijo sobre mis veintidós años y con qué guasa?

—No me gustaron ninguno de los dos —dije.

—Pues no perdiste el tiempo para darle tu dirección —dijo Maudie—. E hiciste bien. Sal con él si te invita. Ésos tienen dinero; se ve a la legua, ¿a que sí? Lo ve cualquiera. Los hombres con dinero y los que no lo tienen no se parecen en nada.

»Nunca he visto a nadie que tiritara tanto como tú —dijo—. Es horroroso. ¿Lo haces adrede o qué? Ponte en el sofá y te echaré mi abrigo por encima si quieres.

El abrigo tenía un cálido olor animal y olía también a esencia barata.

—Este abrigo me lo regaló Viv —dijo Maudie—. Él es así. No regala mucho, pero cuando lo hace es de buena calidad, no pingajos.

—Como un judío —dije—. ¿Es judío?

—Claro que no. Ya te lo dije.

Siguió hablando del hombre que le había regalado el abrigo. Se llamaba Vivian Roberts y ella había estado enamorada de él durante mucho tiempo. Todavía se veían cuando ella iba a Londres entre gira y gira, pero sólo muy de vez en cuando. Decía Maudie que estaba segura de que él estaba intentando cortar, pero lo hacía por etapas porque era cauto y todo lo hacía por etapas.

Siguió hablando de él. Pero ya no la escuchaba.

Pensaba en el frío que debía de hacer fuera en la calle y en lo frío que estaría el camerino también, y en que mi sitio estaba junto a la puerta en plena corriente de aire. Siempre me tocaba. Condenada suerte. Y pensaba en Laurie Gaylor, que se cambiaba a mi lado esa semana. Doña Virgen, me llama, y a veces pavisosa. («¿Es que no eres capaz de tener esa puerta cerrada, doña Virgen, pavisosa?»). Pero me cae mejor que todas las demás. Es una chica estupenda. La única que me cae verdaderamente bien. Y las frías noches; y en cómo me sobresalen las clavículas con el traje que llevo en el primer acto. Venden una cosa que engorda el cuello. Venus Carnis. «No hay fascinación sin curvas. Señoras, materialicen sus encantos». Pero cuesta tres guineas

y ¿de dónde saco yo tres guineas? Y las noches frías, las malditas noches frías.

Situada entre los 15° 10' latitud norte y los 60° 14' y 61° 30' longitud oeste. «Una isla bonita y algo montañosa, pero toda cubierta de bosques», decía el libro. Y toda arrugada en colinas y montañas como uno arruga un pedazo de papel con la mano: verdes colinas redondeadas y montañas de agudos contornos.

Cayó un telón y aquí estaba yo.

... Esto es Inglaterra, dijo Hester y yo la miré por la ventanilla del tren dividida en cuadrados como pañuelos de bolsillo; tenía un aspecto menudo y pulcro, cada lugar separado de cada otro por una cerca... qué son esas cosas... ésos son almiares... oh son ésos los almiares... había leído sobre Inglaterra desde el momento en que aprendí a leer... todo es más pequeño más menudo no importa... esto es Londres... cientos de miles de blancos blancos apresurados y las hoscas casas todas iguales mirando desaprobadoramente una tras otra todas iguales todas muy pegaditas... las calles como lisos barrancos encerrados y las hoscas casas mirando desaprobadoramente... oh no me va a gustar este lugar no me va a gustar este lugar no me va a gustar este lugar... ya te acostumbrarás seguía diciendo Hester supongo que te sientes como un pez fuera del agua pero te acostumbrarás pronto... y ahora deja de poner esa cara de funeral como si te estuvieran matando como decía tu pobre padre te acostumbrarás...

—Vamos a acabarnos el oporto —dijo Maudie. Llenó dos vasos y bebimos despacio. Se miró en el espejo—. ¿Me están saliendo patas de gallo, verdad?

—Tengo una prima en mi país —dije—, una muchacha estupenda. No ha visto nunca la nieve y siente una enorme curiosidad. No para de escribirme preguntándome cómo es. Yo también quería ver la nieve. Era una de las cosas que me moría por ver.

—Bueno —dijo Maudie—, ahora ya la has visto, ¿no? ¿Cuánto crees que nos van a cobrar esta semana?

—Unos quince chelines, supongo.

Nos pusimos a calcular.

Había ahorrado seis libras y Hester había prometido enviarme cinco para Navidad, o antes si lo prefería. De modo que había decidido buscar una habitación barata en algún lugar en vez de ir al hostel donde iban las chicas del conjunto, en Maple Street. Un sitio espantoso ese lugar.

—Sólo quedan tres semanas más de esta condenada gira, a D. G. —dijo Maudie—. Esto no es vida, y menos en invierno.

Cuando volvíamos a casa desde el teatro esa noche empezó a llover y en Brighton nos llovió todo el tiempo. Llegamos a Holloway y era invierno y las oscuras calles que rodeaban el teatro me hacían pensar en asesinatos.

Le di a leer la carta a Maudie y dijo:

—Te lo dije. Te dije que tenía dinero. Ése es un club de mucho postín. Los cuatro clubs de más postín de Londres son...

Todas las chicas empezaron a discutir sobre cuál era el club de más postín de Londres.

Le escribí diciéndole que no podía cenar con él el lunes, porque ya tenía un compromiso. («Di siempre que tienes un compromiso previo»). Pero añadí que podía el miércoles, el 17 de noviembre, y le envié la dirección de la habitación que había alquilado en Judd Street.

Laurie Gaynor dijo:

—Pídele que se lleve el abridor de latas del club. Dile: «P. D. No olvide el abridor de latas».

—Oye, déjala en paz —dijo Maudie.

—Está bien —dijo Laurie—. No la estoy molestando. Le enseño las reglas de la etiqueta... Ella ya sabe que soy una

pava vieja cabal. Bastante mejor que la mayoría de las otras pavas viejas. ¿No es verdad, comotellames... Anna?